

IGNACIO RODRIGUEZ GALVAN

Un romántico mexicano

Margarita Alegría de la Colina

EL agitado México postindependentista, dominado por la anarquía, fue el escenario al que arribó, durante el primer tercio del siglo XIX, el movimiento romántico. Fue éste el primer movimiento literario recibido en un México libre del yugo colonial; pero en el que privaba una situación de caos político y de pobreza tanto económica como cultural. En este periodo rigieron al país cuatro constituciones, dos repúblicas centrales y dos federales, y la última dictadura de Antonio López de Santa Anna.

El Romanticismo surgió en Alemania e Inglaterra a fines del siglo XVIII, se extendió por Europa en las tres primeras décadas del XIX, y tocó su fin hacia 1850.

Movimiento caracterizado por el rechazo a reglas y criterios establecidos, plantea la libertad creadora, opone el sentimiento a la razón, la audacia a la moderación y la rebeldía al sometimiento. Revitaliza ideales del medioevo, muestra apego a lo sobrenatural y gusto por los lugares solitarios o misteriosos en los que el autor proyecta un yo dolido, desesperanzado o lleno de tedio, en medio de una gran soledad.

Corriente, ya se dijo, en la que predomina el sentimiento, y que no puede negar la herencia que arrastra del movimiento espiritual generador de la Revolución Francesa, aunque haya florecido más tarde en Francia, que en los dos países europeos antes mencionados. Roger Picard, en su libro *El Romanticismo social*, señala los comienzos de este movimiento en Francia hacia 1815 y 1820, y explica que los nuevos escritores, al alejarse de la imitación de los antiguos, y extraer su inspiración de las tradiciones nacionales aún vivas y fecundas, a las que añadieron las aspiraciones nacidas del porvenir, fueron "sociales" (véase Picard, 1987, pp. 17 y sig.).

Picard explica la existencia de encarnizados adversarios de esta corriente, como una prueba de la vitalidad de la misma; expone las características de sus escritores, diciendo que éstos deben construir, formar sus convicciones gra-

cias a la reflexión, y una vez que son dueños de sus ideas, expresarlas "poniendo en ello toda su alma". Añade el autor que eso resulta imposible si el romántico no habla de sus propias emociones, dejando que aparezca su yo, pero no un yo egoísta, sino social.

El hecho de que el escritor romántico vuelva la mirada hacia el hombre como pieza importante del fluir social, y hacia sí mismo como artista, trae como consecuencia, ciertamente, un individualismo exacerbado; pero este individualismo, además de ser ante todo social, trasciende a la literatura contemporánea. Riquer y Valverde apuntan:

Esos dos sentidos (del Romanticismo), para entendernos mejor, el de la literatura de ambiente, y el de *L'art por l'art*, penetran por nuestro siglo hasta hoy. La novedad del siglo XX será tender entre ellos un puente que se eleva por encima de su contrariedad, y que es justamente el objeto decisivo de la consideración crítica: la obra en sí misma, el valor de la literatura como realidad propia, aparte de su creador solitario y de su circunstancia multitudinaria (Riquer y Valverde, 1979, t. 3, p. 5).

Estos mismos autores señalan que, con el Romanticismo, madura un nuevo modo de leer, no ya para contemplar admirativamente o ser adoctri-

nado; sino para vivir la experiencia ajena y, de este modo, ahondar en nuestra propia alma; esto, según ellos, prepara a una lectura que nos hable "en vivo", no por mero reconocimiento de signos convenidos, sino que nos enriquezca con visiones liberadoras de nuestra "mismidad interior".

Los románticos mexicanos fueron, también, en la mayoría de los casos, hombres públicos, por lo que algunos críticos superponen política a literatura y niegan la presencia del Romanticismo literario, pero no del político.

Atendiendo a la afirmación de Marx respecto a que el Romanticismo europeo expresa la nostalgia de la clase terrateniente que ve sus tierras y su poder cuesta abajo frente al surgimiento de las ciudades, el capital y la industrialización, en América no habría motivo para creaciones románticas. A este respecto se ha sostenido tanto que no puede haber auténtico Romanticismo americano, como que la población americana fue y sigue siendo romántica siempre.

Siguiendo el pensamiento marxista, Federico Alvarez señaló que ya en España faltaban factores decisivos para fundamentar sólidamente el movimiento romántico, porque las fuerzas burguesas de ese país no habían logrado siquiera afirmar su desarrollo mediante el compromiso con la aristocracia feudal, factor que, según él, justifica la fugacidad e incoherencia del Romanticismo liberal en la península ibérica, lo que trae como consecuencia un eclecticismo que hace derivar la literatura hacia un realismo cimero (cf. Alvarez, 1970).

La coincidencia de la llegada del Romanticismo a tierra americana, con la emancipación de la mayoría de los países de esta zona, explica que la tónica idealista romántica y el anhelo de libertad que alientan esta corriente, tengan acogida por las aspiraciones naturales del hombre americano.

En Francia el Romanticismo fue, precisamente, la innovación literaria que dio respuesta a la gran renovación



social experimentada en aquel país. Si bien a los escritores americanos, y particularmente a los mexicanos, el Romanticismo les llegó de fuera, también había un cambio social coyuntural que exigía nuevos cánones artísticos. Nada menos que de colonias a países libres, a la búsqueda de su identidad nacional. Tenía que venir como anillo al dedo un movimiento literario entre cuyas constantes estaban la libertad y el rastreo de lo nacional.

Estoy con Emilio Carrilla cuando dice que la existencia del Romanticismo en Hispanoamérica no es algo discutible, ya que "si bien con matices, variedades y derivaciones", no se puede negar su presencia en el siglo XIX americano (cf. Carrilla, 1975, t. 1, pp. 49-50).

El movimiento romántico, aunque conservando sus características esenciales, debía adquirir matices particulares de acuerdo a las condiciones sociales de cada país. México tenía una

literatura colonial a través de la cual, aunque vistas por extranjeros, se habían exaltado las bondades y bellezas del territorio y se había hablado de las características de su gente. Esto hace suponer un Romanticismo mesurado.

Aunque había ciertamente un rechazo hacia España, nuestros románticos tuvieron influencia hispana, gracias a su formación en la lectura de autores del Siglo de Oro y del Neoclasicismo, reforzada por la visita de escritores peninsulares como García Gutiérrez y Zorrilla; sin embargo, se buscó otro ejemplo a seguir y se cayó de golpe en el afrancesamiento, lo que no implicó que la negación de lo nuestro fuera tan tajante, como lo manifiesta José Luis Martínez, al decir: "El Romanticismo era, pues, la expresión del alma desilusionada, entrañando desde su aparición un sentido de negación total de nuestra vida" (Martínez, 1973, p. XIII).

Contradican esta afirmación los esfuerzos de los escritores mexicanos de la época, sobre todo los pertenecientes a la Academia de San Juan de Letrán, por lograr la mexicanización de la literatura, y si es cierto que fueron imitadores de españoles y franceses, buscaron también en nuestras raíces el elemento nacional e hicieron alusión a asuntos de la vida sociopolítica mexicana del momento que les tocó vivir.

El propio Martínez ha de decir, en otra parte: "En pocas ocasiones como en el primer tercio del siglo XIX, los hispanoamericanos tuvieron una conciencia más plena de que constituían una unidad y realizaban empresas comunes" (Martínez, 1972, p. 77).

La Academia de Letrán fue la primera asociación literaria de importancia en el México independiente, inició sus trabajos en 1836, y pertenecieron a ella la mayor parte de los escritores distinguidos de la época.

Con Andrés Quintana Roo como presidente perpetuo trabajaron José Ma. y Juan Lacunza, Guillermo Prieto y Manuel Tonia Ferrer, en los primeros tiempos; fueron aceptados después,

entre otros, Ignacio Ramírez *El Nigromante* y un joven que igual que él llegó al seno de esa asociación sin haber sido miembro del Colegio de San Juan de Letrán como los fundadores. Envío una composición titulada *El tenebrario*, de la que dice Guillermo Prieto: “estábamos ante una composición en la que la versificación era trabajosa y brusca, el sentimiento tiernísimo, las imágenes vivas y aspirando a una novedad muy cercana a la extravagancia; trascendía la oda a la escuela romántica; pero indudablemente revelaba un ingenio superior” (Prieto, 1970, p. 147).

Claro que el autor de aquella composición fue aceptado como miembro de la Academia. Después de recibir las felicitaciones de sus colegas se presentó: “Ignacio Rodríguez Galván, nacido en Tizayuca el 22 de marzo de 1816”.

De sino romántico, Rodríguez tuvo una vida azarosa: el hecho de que su familia lo haya olvidado en la casa a los ocho días de nacido, cuando huían por un ataque de las fuerzas insurgentes, ha sido considerado como la marca del tono trágico de su vida. Lo confirma su temprana muerte a los 26 años (1842) en La Habana, cuando se dirigía a cumplir su primer cargo oficial. Huérfano a edad temprana, rechazado por la mujer que amó y acosado por precaria situación, la vida de este escritor fue, sin duda alguna, la de un romántico de su tiempo.

Autodidacta, Rodríguez se formó en el ambiente de la librería de su tío Mariano Galván, donde trabajaba como dependiente y, más tarde, en las tertulias que el poeta Francisco Ortega realizaba en su casa. Allí aprendió latín y recibía también de Ortega lecciones de retórica y prosodia.

Los primeros versos de Rodríguez fueron publicados en un periódico veracruzano cuando apenas tenía 19 años; firmaba entonces como Isidoro Almada. Ya como miembro de la Academia de Letrán, tradujo en sus primeros tiempos versos del francés y el italiano; aunque hay que señalar que



fueron autores españoles los que mayor influencia ejercieron en él. Publicó en sus revistas análisis a las obras de españoles, sobre todo en *El recreo de familias*, en que se encuentran ensayos sobre Manuel Bretón de los Herrejos y “Don Ángel Saavedra”, que asimismo titula uno en el cual expresa: “prevedemos según el poco aprecio que se hace hoy de los autores castellanos, que dentro de poco sólo hablaremos francés (...) y ya Francia nos va causando hastío” (Rodríguez, 1838, cit. por Ruiz, 1966, p. 13).

Rodríguez manifiesta un severo rechazo al afrancesamiento en la vida y literatura de la época. Critica las modas afrancesadas en el vestir y peinar, así como los abusos de los dramaturgos de aquel país. Manifiesta también un sentimiento de desprecio hacia los ciudadanos franceses en general, pero más aún hacia los que, aprovechando el malinchismo de los miembros de la alta sociedad, pretendían casarse con muje-

res mexicanas para lograr un acomodo oportunista.

En un artículo titulado “El tocado”, después de criticar trajes y peinados usados en la época, tiene el autor una dispersión hacia el tema literario; pero recuerda que esa revista era para señoritas y a ellas no les preocupaban tales bagatelas, por eso “quizá y sin quizá (dice), se oye en sus conversaciones culta fraseología comparable sólo al rótulo que un ilustrado francés puso a la puerta de su taller: *Zapatería francesa parisienne*” (Rodríguez, s.f., s.p.).

En otro texto titulado “Teatro”, Rodríguez refiere el triste estado de la dramaturgia mexicana de la época, debido al abandono del gobierno y al gusto por presentar obras en las que predominan la vanidad, la ambición y la falsedad, la pedantería de los pisaverdes y afrancesados, la tacañería, la malidencia, etcétera. Critica a dramaturgos franceses de la talla de Alejandro Dumas y el propio Víctor Hugo, a quienes incluye entre “la chusma de escritores franceses que llenan las obras de condenaciones, maldiciones, infiernos y equivoquillos inmorales” (cf. Fernando Tola, 1984, pp. 126-130).

En la novela corta *La procesión*, uno de los protagonistas es un joven mexicano huérfano y pobre que se enamora de la hija de un rico; resulta que ésta se va a casar con un francés advenedizo caza fortunas, y el malinchista padre de la novia, por complacer a su futuro yerno, ha cambiado incluso la decoración de la casa. Así “en la sala había varios cuadros que representaban diversas batallas ganadas por los franceses, y ninguna en que hubieran perdido, en todos los cuadros estaba repetida hasta el fastidio una figura redonda y chaparra con levitón blanco y sombrero de tres vientos, de aire fanfarrón y con pretensiones de fantástico: ya se deja entender (dice el autor) que este hombre era el italiano Napoleón” (Rodríguez, s.f., p. 62).

El rechazo de este autor hacia los franceses queda expresado muy clara-

mente en su poema lírico “Guerra a los galos”:

¡Guerra a los galos, guerra!
Mexicanos, volad,
los mares y la tierra
con su sangre regad.
(Rodríguez, 1972, p. 40).

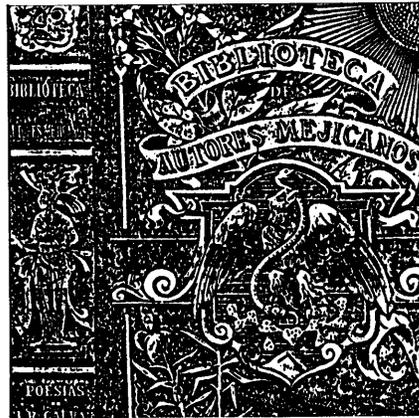
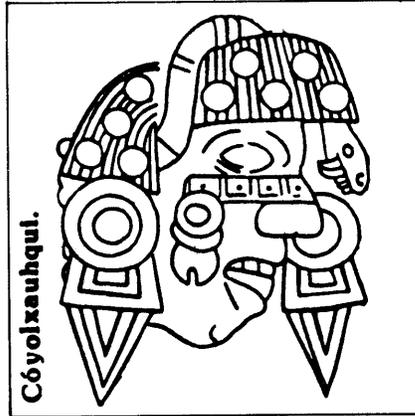
Defiende este autor el uso del español, que es ya la lengua nacional; pero no deja de referirse, dolido, al hecho de la conquista, lo hace en su mejor poema “Profecía de Guatimoc”. En él se sitúa el poeta en un escenario nacional significativo: Chapultepec. Invoca allí a Cuauhtémoc y éste aparece ante sus ojos. Solicita el rey azteca a su interlocutor que le hable en la lengua del gran Nezahualcóyotl y éste ha de responder avergonzado:

(...) “la ignoro”.
El rey gimió en su corazón — “¡Oh mengua,
Oh vergüenza!”; gritó. Rugó las cejas
y en sus ojos brillo súbito lloro.
— ¡Pero siempre te amé, rey infelice.
Maldigo a tu asesino y a la Europa.
La injusta Europa que tu nombre olvida.
(Rodríguez, *ibid.*, p. 31).

En los poemas de Rodríguez están presentes todos los temas a los que Emilio Carrilla se refiere al revisar este género de producción en el Romanticismo hispanoamericano (*cf.* Carrilla, *ob. cit.*, t. 2, cap. X), incluyendo desde luego el social referido a su momento contemporáneo. Escribió “¡Bailad, bailad!”, para denunciar los despilfarros de Santa Anna, mientras el pueblo sufría hambres. Bajo el título, el autor expresa que escribió el poema “con motivo de un baile dado en el teatro al señor Presidente, la noche del 25 de marzo de 1841”. Veamos algunos fragmentos:

Bailad mientras que llora
el pueblo dolorido,
al compás del gemido
que a vuestra puerta el huérfano
hambriento lanzará.
¡Bailad, bailad!

(...)
y por Tejas se avanza



el invasor astuto: su grito de venganza
anuncia triste luto
a la infeliz república
que al abismo arrastráis.
¡Bailad, bailad!

El nacionalismo característico de la corriente romántica es constante en las obras de este autor, como en la de varios de sus contemporáneos; pero a él cabe la aportación de haber escrito



el primer drama histórico nacional: *Muñoz, visitador de México*, en el que destaca la figura abusiva del visitador Muñoz, enviado por Felipe II para vigilar las posesiones españolas en el Nuevo Mundo.

También busca el autor en el pasado colonial, asuntos para sus obras, así su otra obra de teatro: *El privado del virrey*, se refiere a la leyenda de don Juan Manuel, privado del virrey de Cadereyta y víctima de la Audiencia, que lo tenía en la mira por ser favorito de éste.

En esta obra, Rodríguez, mestizo, aborda el indianismo por medio de su personaje Garcerán Tezozómoc, prototipo del indio vejado por los europeos a pesar de estar lleno de cualidades. El propio personaje expresa el concepto que el conquistador tenía del nativo: “Indio soy, esto es gusano/ que se arrastra entre la hierba/ y toda mano lo evita / y todo pie lo estropea”; pero también en sus labios está la defensa: “Mi estirpe también es regia/ de Guatimoczin desciendo” (Rodríguez, *ibid.*, p. 193).

Garcerán es el conciliador, personaje guardián lo ha llamado Enrique Flores, quien lo compara con el Ixca Cien Fuegos de *La región más transparente* (*cf.* INBA, 1989, p. 7).

En el género dramático, Rodríguez sigue los cánones de los dramaturgos españoles del Siglo de Oro, pues ya vimos que le escandalizaban las innovaciones francesas.

Emilio Carrilla se pregunta: “¿Tienen cabida la alegría y el humor en los temas románticos?”, y responde: “la verdad es que escasean porque ¡el romántico! los consideró poco poéticos, con mayor razón aún, porque tuvieron en rigor poca importancia en lo esencial de la vida romántica” (Carrilla, *ob. cit.*, p. 24). Cita, sin embargo, este autor, a poetas satíricos hispanoamericanos quienes, dice, son sombra del español Mariano José de Larra; entre ellos no está Rodríguez Galván. Carrilla se quedó, como la mayor parte de los críticos, con la imagen del “mestizo

triste'; pero los destellos satíricos de nuestro autor, manifiestos por ejemplo en *La procesión*, o en el artículo "El tocado", se consolidan en una auténtica vena cómica en otras obras. Así, en dos epigramas, de los que cito uno a continuación:

Uno oyendo los chillidos
que una cantatriz lanzaba
¡esto es divino exclamaba
tapándose los oídos!

O en la obra inconclusa *El ángel de la guarda*, en cuya primera parte, titulada "El teatro moderno", el autor plantea que va a escribir una comedia "Contra todos los románticos/sin exceptuar los futuros", y la bosqueja de la siguiente manera:

Un pisaverde que viene
de París, Roma o Presburgo
—un viejo ignorante y tonto,
y un su amigo muy sesudo.
—Una romántica hermosa
que llora y declama en turco.
—Trescientas obscenidades
que hagan reír al público.
—Una dama melindrosa
que habla francés —He aquí el nudo.
¿Y el desenlace?... Un silbido
del apuntador segundo.—
(...)
Mi fuente serán los dramas
de Dumas y Victor Hugo: .
inmorales por supuesto.
¿Qué importa?, yo los traduzco.
—Sale un badulaque, y bebe
de veneno medio tubo,
y pasa el resto a su dama
no más porque un *viejo estúpido*
viene con una trompeta
a hacerle turú, tururo.
Se está el bárbaro dos horas
en sí soy o no difunto,
y en vez de invocar a Dios
pronuncia un largo discurso.

(Galván, 1851, pp. 296-297).

Si bien es cierto que en algunas de las obras de este autor el estilo no es totalmente límpido, muestra en otras dominio en la versificación y en los recursos del Romanticismo. Toca también el tema cristiano con gran acierto en poemas como "Eva ante el cadáver de Abel". Para muestra un botón:



Por la venganza atroz de hermano impío
con los rubios cabellos desgrefiados
y el cuerpo exangüe, destrozado y frío,

en tierra yace Abel. Tiene clavados
en la bóveda azul del ancho cielo
los sus serenos ojos apagados.

(Rodríguez, 1972, p. 9).

Además de todas las aportaciones ya mencionadas que Rodríguez hizo al Romanticismo mexicano, hay que añadir que, desde su ingreso a la Academia de Letrán, realizó una labor importante como editor de los órganos informativos de la misma. Apoyado por su tío Mariano, publicó revistas como *Presente Amistoso*, de lujosa presentación, que significaron un esfuerzo económico mayúsculo, a tal grado que a don Mariano le sobrevino la ruina.

Otras varias revistas editó Rodríguez, entre ellas: *El Año Nuevo*, *El recreo de Familias*. *El Mosaico Mexicano* y *Calendario de las Señoritas Mexicanas*; gracias a esta labor se pudieron

conocer las aportaciones, no sólo de este autor, sino de muchos otros románticos.

Hay Romanticismo mexicano claramente reconocible, y en Ignacio Rodríguez Galván tenemos a uno de sus más ilustres representantes.

BIBLIOGRAFIA

- Álvarez, Federico, "¿Romanticismo en Hispanoamérica?", *Actas del tercer Congreso Internacional de Hispanistas* (celebrado en México, D.F., del 26 al 31 de agosto de 1968), México, El Colegio de México, 1970, pp. 67-76.
- Carrilla, Emilio, *El Romanticismo en la América Hispánica*, 3a. ed., Madrid, Gredos, 1975 (*Biblioteca Románica Hispánica*, 11, *Estudios*, 40), 2 tomos.
- Galván, Antonio, *Poesías de Ignacio Rodríguez Galván. Composiciones líricas y dramáticas originales*, s.e., México, Manuel N. de la Vega, 1851.
- Instituto Nacional de Bellas Artes, *Guía de Forasteros. Estanquillo literario*, México, INBA, 1989.
- Martínez, José Luis, *Unidad y diversidad en la literatura latinoamericana*, México, Joaquín Mortiz, 1972 (Cuadernos de J. Mortiz, 19).
- , *Poesía romántica*, pról. 2a. ed., México, UNAM, 1973.
- Picard, Roger, *El Romanticismo social*, 2a. ed., México, F.C.E., 1987.
- Prieto, Guillermo, *Memorias de mis tiempos. 1828-1853*, s/e, Puebla, José Ma. Cajica, 1970.
- Riquer de, Martín y José Ma. Valverde, *Historia de la literatura universal*, 7a. ed., Barcelona, Planeta, 1979, 4 tomos.
- Rodríguez Galván, Ignacio, "El tocado", *Repertorio de literatura y variedades* (México, D.F.).
- Nota: No se pueden precisar más datos sobre esta publicación, pues el texto fue copiado en el A.G.N., y cuando se regresó a precisar datos, la revista había desaparecido. No se ha encontrado hasta el momento en otra institución.
- , *Manolito el pisaverde y otros cuentos*, s.e., México, Premiá, s.f. (La matraca, segunda serie).
- , *Poesía y teatro*, selección y notas de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1972 (Colección de escritores mexicanos, 88).
- Ruiz Castañeda, Ma. del Carmen, "1816-Ignacio Rodríguez Galván-1842", *Revista de Bellas Artes* (México, D.F.), may.-jun., 1966, núm. 9, pp. 5-20.
- Tola de Habich, Fernando, *Museo literario*, México, Premiá, 1984 (La red de Jonás, estudios, 17).